



HOMENAJE A GLORIA HERNÁNDEZ

A la carcajada irreverente y al desparpajo más ejemplar

*A la memoria de Gloria, la parquera, el ejemplo,
la amiga, la hermana*

Desde que entré a trabajar a la Universidad de Antioquia hace quince años, me dije siempre sobre la importancia de articular lo que se estudia y lo que se sabe con lo que se hace, y no solo por la firme convicción de que tal condición más que afortunada es escasa, sino también porque, sin lugar a dudas, verdaderamente es necesaria para el desarrollo y el compromiso profesional y académico con el Trabajo Social, que aprendí como algo vinculado estrechamente con los colectivos de base, en la búsqueda por el bien de todo lo que hacemos. Seguramente esa fue la clave para entablar conversaciones con Gloria, cuando empecé a acercarme al Centro Interdisciplinario de Estudios en Género. Desde su conformación, Gloria y yo participamos decididamente, con Margarita Peláez y otras muchas compañeras, y más tarde compañeros, que también se sumaron a la dinámica. Llamábamos mucho la atención: Gloria medía menos de 1,50 m, y yo alcanzo los 1,80 m. Caminar juntas por la Universidad fue motivo de risa para muchos.

Me llamaba la atención, primero, su voz aguda y penetrante, y sin duda contundente. Pero más me inquietaba su carcajada, que resonaba transparente donde estuviera y con quienes la rodearan, cerca o lejos. Nos acercamos por afinidades temáticas: la salud sexual y la reproductiva. Los derechos sexuales y reproductivos eran nuestros puntos en común, y allí convergíamos sin esfuerzo alguno. No fue difícil conectarme, a través de Gloria, al grupo GEMAS, del que

quedé prendada hasta la fecha. El grupo se adscribió, casi inmediatamente, a la Red Colombiana de Mujeres por los Derechos Sexuales y Reproductivos, que hasta ahora sigo acompañando; ambos espacios los conocí a través de Gloria.

Trabajábamos en temas comunes pero en Facultades diferentes. Llevamos a cabo muchos proyectos, de los cuales guardo entrañables recuerdos y aprendizajes, con los que me he hecho, a pulso, en la docencia universitaria. Por ejemplo, la memoria, la voz y la palabra de Alba Lucía Rodríguez Cardona, a quien decidimos acompañar desde el instante en que tuvimos noticia sobre la vulneración de derechos de que fue víctima; de la injusticia cometida contra ella y contra muchas mujeres de la región y el país. Por el derecho al derecho, *Alba Lucía libre* fue nuestra bandera, nos volcamos en su defensa por más de seis años. En la universidad desarrollamos infinidad de actividades para denunciar, analizar y estudiar su caso. Aprendimos todos sobre Derecho; del acceso efectivo a la justicia, de la lucha que se precisa, y de los costos sociales, políticos, afectivos y personales que Alba Lucía y su familia tuvieron que sufrir. Paradójicamente, Alba Lucía nos dio la voz a todas las mujeres en Colombia para decir ¡basta!, y el atropello a sus derechos fue nuestro impulso y motivación para defender los derechos de todas¹. Allí surgió la idea de escribir un libro que quedara como testimonio de la lucha y la movilización por *Todas somos Alba Lucía*, eslogan de la campaña titulada «¡Alba Lucía libre! Por el derecho al derecho».

Como colegas de trabajo social, con Gloria trabajamos justamente en incorporar la formación en género a nuestras estudiantes, a propósito de la convocatoria docente que ganó, para entrar al Departamento de Trabajo Social por tiempo completo. Seguimos articuladas por muchos lados: la vecindad (vivíamos cerca la una de la otra), los tangos del «Homero Manzi», las tertulias allí con las amigas y compañeras de la Red, y del movimiento de mujeres. Además las clases, que vinieron a intensificarse con la aprobación del proyecto de investigación que hicimos juntas, sobre la violencia de género en la Universidad de Antioquia. Allí nos metimos en la locura, que hoy se materializa en la propuesta de formación curricular de Trabajo Social. Porque fueron tres años trabajando con un equipo

1 Hoy Alba Lucía está libre por la presión social que generamos desde el movimiento de mujeres en Colombia, y por la presión directa de la Corte Internacional de Derechos Humanos, que se pronunció al respecto y exigió al Estado colombiano reparar el daño generado en seis años de detención siendo ella inocente; violando sus derechos durante el cautiverio, porque fue privada de la posibilidad de estudiar, capacitarse para el trabajo y contar con las condiciones para su adaptación social. Estamos aún esperando el cabal cumplimiento de esa orden.

de dieciocho estudiantes: entre ellos, dos practicantes del Departamento, una de Salud Pública, un co-investigador y un asistente de investigación. Madrugábamos, trasnochábamos pensando, discutiendo, redactando y aprendiendo con el equipo, sobre la investigación, la docencia y la proyección de lo aprendido hacia la transformación. De Gloria aprendí la paciencia en la docencia. Amaba sus clases y a sus estudiantes; tal vez por ello llegó a cumplir diecisiete años como profesora ocasional, cuando perfectamente hubiera podido estar vinculada de forma permanente.

No sé cómo terminamos el proyecto, pero si algo sé es que las estudiantes que trabajaron con nosotras terminaron y se graduaron por Gloria, no por mí. Ella era otra cuando daba clase: se emocionaba más que su grupo con los temas, presionaba y acompañaba a los quedados, y solía asumir casos perdidos para sacarlos adelante. Nunca dejó de creer en sus estudiantes; de hecho formó a buena parte del grupo que hoy pertenece al cuerpo docente del Departamento. Su vehemencia, altivez y compromiso se remarcan profundamente cuando de los derechos de las mujeres, y cuando de acompañar en su formación a los estudiantes se trataba. Cuando relevar el hacer en investigación y en docencia de Trabajo Social estaban ligados a movimientos sociales, a organizaciones comunitarias de base; muy especialmente en el ámbito de lo público.

Su risa me acompaña. También su amor por el trabajo, por Pili (su hija adoptiva). Su esperanza en las personas, y la defensa que siempre hizo de nuestro estudiantado, en las regiones y en la Ciudad Universitaria. Nunca temió a las verdades, y menos a los derechos, que decidió defender vehementemente y en los cuales, en parte, por su complicidad me mantengo. No cabe duda: por allí camina, marcha con nosotros con su carcajada, su paso cadencioso, sus ojos siempre brillantes y pícaros, y sus espontáneas expresiones de emoción, de rabia, de risa o de dolor.